

## APUNTES SOBRE LA MUSEOLOGIA MODERNA

Escribe: JAVIER ARANGO FERRER

Esta página la escribió el autor en París hace quince años. Inédita hasta ahora, su tema es oportuno y rima con los actuales diseños de la cultura popular en todo el mundo.

La UNESCO ha situado en un primer plano de sus actividades la educación de las masas para obtener un tipo humano culto y con éste el desarme de los espíritus y la paz de los pueblos. El ciudadano, proceda él de la escuela primaria o de la universidad, necesita ennoblecer la vida vinculándose al proceso permanente de la cultura que solo termina con la muerte. En este sentido la ciencia de la Museología posee tal prestancia en la educación de las masas que un pueblo sin museos es un pueblo sin cultura. Esta nueva rama de la sociología quiere que el museo no sea una necrópolis de la historia sino la universidad viva de las imágenes, donde el hombre pueda enriquecer su información con la mayor alegría y el menor esfuerzo mental.

La persona de buen sentido que va al museo se sitúa en el mejor meridiano para abarcar amplios panoramas culturales, en ciencias y arte. En el mundo de las imágenes el hombre promedial puede elaborar por su propia cuenta síntesis sobre una época arqueológica o sobre una escuela pictórica. Este noble ejercicio será relativamente sencillo si el visitante complementa sus observaciones con las noticias que el museo debe suministrarle en leyendas situadas estratégicamente en su propio recinto.

El museo moderno tiene una pedagogía que consiste en presentar la historia, cualquiera que sea su aspecto, según el orden cronológico de las obras, subrayando los conceptos primordiales que ellas contengan en la evolución de una técnica y de un estilo. Siguiendo estos preceptos el Consejo Nacional de Museos de Francia reunió en el edificio del "Jeu de Paume" las obras de los impresionistas que se hallaban dispersas en los salones del Louvre. En dicha galería el visitante puede darse al doble deleite de contemplar y de comprender, máxime si tiene el cuidado de leer la síntesis del movimiento impresionista escrita sobre un muro visible del museo. Estas guías sintéticas libran al parroquiano del cansancio que lo desmoraliza cuando la búsqueda de valores se convierte en la confusión mental y en la fatiga física desmoralizante, característica, de los museos mal organizados.

Algunos países americanos —México, Ecuador, Perú, Brasil— fueron centros de una activa producción artística durante la Colonia. En los moldes españoles el indio fue vertiendo poco a poco los milenios de su fantasía hasta culminar en el barroco mestizo del siglo XVIII. La arquitectura, la imaginería, la pintura, la orfebrería, conservan la estructura española, pero en su expresión ornamental aparecen las gracias de la selva americana.

Huelga actualizar estos razonamientos con lo que dice el crítico español Gil Tovar en varios artículos recientes sobre nuestra "situación de inferioridad" respecto de otros países durante la Colonia. Pese a sus negaciones, nuestras presencias, en ese período, fueron la elegancia que hubo de darle el Virreinato de la Nueva Granada a su relativa pobreza. México y Perú fueron ricos y acumularon excesos en el ultrabarroco de sus retablos, en sus bataclanes estrepitosos de pésimo gusto. No cambio los retablos, maravillosos de finura y esplendor, del San Ignacio bogotano por los del San Ignacio de Tepotzotlán. Ni cambio la fachada de nuestro San Francisco, modelo de sobria elegancia por el San Agustín de Lima labrado en piedra como el marfil de un chino, joya más bien de orfebrería que de arquitectura.

En el título poco menos que vergonzante de su artículo "Los pobres cimientos de nuestro humilde arte colonial" (Lecturas Dominicales, junio 1963), acumula los signos negativos de nuestra historia desde los tiempos precolombinos. Al llegar al arte colonial dice: "En cuanto a la enseñanza de las artes plásticas... no sabemos que hubiera talleres para la formación profesional y artesana, mientras que sí los hubo, y de primera hora, en las misiones de México, Perú y Quito". Para afirmar su tesis, ilustró la andanada de negaciones con un tablero de arte popular cuando pudo escoger un retablo de San Ignacio, de San Juan de Dios, de Santa Clara y de muchas otras iglesias neogranadinas de los siglos XVII y XVIII donde el esplendor se hermana con la más refinada estilización de las tallas doradas al fuego y policromadas. Dice el crítico español que aquí no hubo imagineros de alta escuela, pero no nos dice de donde trajeron las maravillas escultóricas de la Capilla del Rosario en Santo Domingo de Tunja y los relieves del retablo franciscano en Bogotá para nombrar solo dos de las más hermosas joyas de la imaginería americana.

Nuestro Museo Colonial no es un depósito de chécheres sino una de las colecciones más finas y mejor presentadas del continente con obras logradas por mano de pintores, de imagineros, de orfebres y en general de artesanos granadinos. Nuestro arte colonial fue de materiales pobres en la encantadora arquitectura y suntuoso en la decoración. Los críticos europeos, que no han viajado por nuestros países, ignoran en veinte lenguas lo que representan escuelas como las de México, Bogotá, Quito y Cuzco en la historia del arte. Las gentes del Nuevo Mundo podemos organizar museos científicos y artísticos con obras originales. Su conservación debe comenzar por la defensa de nuestro patrimonio asaltado en tumbas, claustros e iglesias por mercachifles y anticuarios, burlando las leyes, engañando la codiciosa ignorancia de los párrocos o explotando la vena- lidad de los sacristanes.

Los museos de arte colonial, el de Rosario de Argentina, el de Quito, el de Bogotá y el de San Pedro Claver de Cartagena, que apenas se inicia, deben enriquecerse por legados y donaciones a medida que la sociedad se haga más y más sensible a la misión cultural de la Museología. El Banco de la República de Bogotá posee en orfebrería indígena la más espléndida y numerosa colección del mundo.

Y hemos llegado al objeto principal de estas glosas. ¿Cómo podrían los americanos surtir museos de historia general del arte? ¿Cómo podrían reunir obras características de las grandes escuelas europeas, desde la pintura bizantina siquiera hasta los impresionistas franceses? Nuestros pueblos nacieron a la cultura de occidente en el siglo XVI cuando ya Asia, Africa del Norte y Europa contaban por milenios la historia de sus civilizaciones. Solo hay un medio práctico fácilmente realizable: *los museos de reproducciones*.

Los países que no poseen obras originales tienen que documentarse en obras industriales de increíbles perfecciones. El museo de reproducciones es pedagógicamente más eficaz que el museo de obras originales: en el primero se evitan las lagunas que forzosamente existen en el segundo. Llegar a reunir las obras más características de cada escuela y de cada época es una garantía que los educadores pueden realizar en los museos de reproducciones. Concretando el problema a la historia del arte, pueden reproducirse con mayor fidelidad las obras escultóricas que las pictóricas. En este último caso las artes gráficas se han perfeccionado de tal manera que las reproducciones se acercan con gran precisión de colorido a los modelos originales.

Las reproducciones podrán reemplazarse en el transcurso del tiempo con réplicas realizadas por los artistas que suele haber en los grandes museos dedicados a copiar las obras maestras de la pintura. Volviendo a las donaciones ¿en qué hecho podrá perpetuarse mejor el generoso que en el obsequio de una obra copiada por un buen artista? Su nombre duraría más al pie de un Greco o de un Tiziano que sobre el epitafio de una tumba. Es posible que alguien de holgada y pródiga fortuna al visitar el museo se convierta en el donante de la obra que lo haya particularmente impresionado. Para ello estarán desde luego el director del museo y todo el engranaje museológico internacional con el Consejo Supremo a la cabeza por cuya mediación podrían obtenerse reproducciones de óptima calidad. La costumbre de las donaciones repercutiría en la parva economía de los artistas.

Supongo que el Consejo Internacional de Museos habrá determinado el número y calidad de las obras, ya existentes en la industria gráfica, que puedan integrar un museo pedagógico de reproducciones. Si tal providencia no se ha previsto debiera diligenciarse para cumplirse en países que justamente por falta de museos no han formado los técnicos y los eruditos en museología. Para no descorazonar a las instituciones públicas y privadas de la cultura con presupuestos crecidos lo más sensato sería iniciar los museos por la galería de pintura. Con el valor de una sola estatua pueden conseguirse varias docenas de reproducciones pictóricas.

No sería extraño que las reproducciones cobraran, con las nuevas ideas, gran importancia. Concibo v. gr. que los museos de arqueología de México, Bogotá y Lima establezcan intercambios de reproducciones y aun de obras originales más o menos repetidas para ampliar los panoramas precolombinos. Aun en los museos de arte presiento que algún día serán imprescindibles ciertas reproducciones de gran valor histórico. Así Jean Van Eyck, el cuatrocentista flamenco, debiera figurar en los grandes museos con "La Virgen y el Canciller Rolin" obra maestra del Primer Renacimiento, donde maduró la técnica del óleo y nacieron a la vez el paisaje, el espacio y el retrato.

La *Ciencia de la conservación* ha tomado con la guerra moderna una magnitud heroica. La integridad de las obras preocupará tanto más a los conservadores de museos cuanto más frágil sea la materia en que hayan sido realizadas. El agua de una gotera y el aire húmedo pueden alterar y destruir un fresco; la explosión de una bomba en las inmediaciones de una iglesia puede provocar la ruptura de vitrales y el desmoronamiento de muros decorados al fresco o al mosaico. La conservación de las obras es pues la lucha incesante contra las inclemencias del tiempo y de los hombres.

La entidad de que hablo posee tres conceptos fundamentales: el museo de reproducciones, la biblioteca especializada de historia del arte y un equipo completo para conferencias y cursillos ilustrados con proyecciones fijas o con películas documentales de catedrales, ruinas antiguas y paisajes históricos como los de Italia, sembrados de castillos. El proceso de información no puede ser más lógico y coherente: del museo, función multitudinaria de ver y asimilar, el estudioso pasará a la biblioteca, función individual del libro, si acaso desea documentarse sobre un autor que le haya interesado o sobre una época de la pintura. Esta es la aventura del autodidacta, en plena libertad, pastoreando por el libro en el mundo maravilloso de las imágenes. Y para su disciplina escolar tendrá las conferencias y los cursillos de donde saldrá ya estructurado para el avance.

He aquí al hombre enriquecido en su mente y abastecido para la vida espiritual en planos donde la cotidianidad no agobia. Pretender que un ministerio oriente su pensamiento por estas rutas es ilusorio. Los organismos oficiales rara vez se libran de los burócratas. Hay en Colombia una entidad tan responsable como el Icetex, o el Instituto Caro y Cuervo en donde podrían prosperar estos caminos de la sociología contemporánea en materia de cultura popular. Me refiero a la Biblioteca Luis-Angel Arango bajo la dirección del doctor Jaime Duarte French el hombre que ha sabido aclimatar en esa ya ilustre entidad las más altas formas de la cultura. El nombre de biblioteca le va quedando corto a esa dependencia del Banco de la República que algún día podrá llamarse con más propiedad Casa de la Cultura Luis-Angel Arango.